

camino de la admiracion, y se levante á impulsos de la curiosidad y del sentimiento de su propia grandeza, hasta donde pretende conducirla con su excelente discurso el orador académico.

EPILOGO.

“ Ved aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad: títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos, es el sublime objeto de vuestros estudios y mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros, si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduría, siguiéreis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! ¡Venturosos si le halláreis en el estudio de la naturaleza, y en la contemplacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! ¡Venturosos, si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzáreis la verdadera sabiduría, para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser, y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entónces podréis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese expuesto á la contemplacion del hombre, para que viese en ella su poder y su gloria, que predician á todas horas los cielos y la tierra. Entónces sí que podréis confundir mas bien á aquellos espíritus altaneros é impíos baldon de la sabiduría y de su misma especie, que solo escudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso, ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entónces sí que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro ser, y de esta á la del Ser Supremo, y adorando en espíritu á este Ser de los seres, Ser infinito, que existe por sí mismo, y que es principio y término de

“ toda existencia, perfeccionáreis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduría: Dios, el hombre y la naturaleza.”

Los nobles sentimientos que se experimentan en toda esta peroracion, honran tanto la sabiduría y el talento, como el amor al bien público, aquel amor ardiente y apasionado, aquel zelo por los progresos de la patria, aquel entusiasmo por la educacion de la juventud, única tabla en que un pueblo que gime bajo el yugo de la corrupcion puede escapar del naufragio y salir al puerto de su bienestar civil, político y religioso; en fin, aquella maravillosa actividad y aquella exquisita solicitud con que Jovellános buscaba igualmente el bien de la patria en el establecimiento de las artes útiles, en el fomento de la agricultura, en la organizacion y desempeño del gobierno y en los establecimientos destinados á extender el dominio de la sabiduría y sentar sólidamente el trono de las virtudes. Dejemos aparte las bellezas y perfecciones que campean en todo este epílogo: no es posible detenernos en la obra cuando nos acordamos del artífice, ni malograr una oportunidad tan feliz de ofrecer al inmortal genio de Jovellános el noble tributo de amor que debe todo el género humano á las almas grandes, que no satisfechas con el reducido espacio que ofrece á su beneficencia el recinto de la familia y el suelo de la patria, se dirigen á todo el universo, y aseguran de esta manera su verdadera gloria, como dice Ciceron. ¹

¡Y qué dirémos en general de todo este discurso académico? Si el plan no está bien circunscrito, ni exactamente marcadas las partes de que consta; si de cuando en cuando nos disgusta cierta falta de enlace que se nota en algunos pensamientos; si á veces vemos debilitarse la accion del espíritu cuando prepara los grandes movimientos de imaginacion; si algunas expresiones y aun frases nos ocultan á veces con la amable naturalidad el noble y principal atributo del escritor: ¡cuántas miras filosóficas, cuántos pensamientos grandes, cuántos rasgos sublimes, qué sistema de ideas tan neto y tan preciso, qué pábulo para el buen gusto y cuántos motivos de admiracion no reúne en el mas alto grado el discurso sobre las ciencias naturales! Causa mucha sorpresa ver cómo el orador arroja con desden las abstracciones metafísicas del cuadro de la naturaleza; cómo proclama la

¹ Gloria est illustris, ac pervagata multorum, et magnorum, vel in suos, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum.

observacion de los hechos como el verdadero medio de fomentar las ciencias naturales; con cuánta filosofía juzga de las cosas que están subordinadas al imperio de los sentidos, y con qué admirable naturalidad conduce las investigaciones del naturalista á los designios de aquella ciencia que ocupa únicamente en el verdadero fin, lo encamina todo, para el bien supremo del hombre, hácia el dueño absoluto de los cielos y la tierra.

Mui superior á su siglo y á su época, manifiesta Jovellános aquí que habia sabido aprovecharse del rico caudal de conocimientos que le habia dejado la antigüedad, estimar como era debido el genio de Bacon, seguir con firme y seguro paso, y por el camino que abrió al talento moderno el filósofo inglés, las huellas que en él habian dejado estampadas los grandes hombres que con tan felices descubrimientos han sorprendido al espíritu humano. Todo lo examina con exactitud; y siempre hallamos al eminente autor de este discurso colocado en el punto medio que á mui pocos ha sido concedido tocar, es decir, entre las preocupaciones de los antiguos sistemas y las exageraciones peligrosas de la moderna filosofía.

Si de aquí pasamos á considerar el estilo, nos sorprende á la verdad un sin número de cualidades eminentes: elevado al través de un ropaje sencillo; variado en medio de la mayor unidad; ameno y florido sin carecer los pensamientos de solidez, sin el embarazo del recargo, ni ménos lo insostenible de la hinchazon; noble y elegante en el mas alto punto, y sobre manera oratorio; no tiene motivo de recelar una comparacion desventajosa con los que mas han honrado las academias é institutos de la Europa moderna.

Pero sobre todo, el lenguaje tan puro, correcto y natural despierta en nosotros una idea mui triste, la del abandono criminal de la literatura española tan rica y tan despreciada entre nosotros. No rehusamos á la francesa los justos elogios que merece, ni la pasion que tenemos á los buenos escritores de la península nos hace olvidar que el púlpito francés no tiene rival en el mundo. Pero esta circunstancia nos autoriza para volver nuestras espaldas á Cervántes, Granada, Solís, Mariana, Clavijo, Vargas Ponce, Jovellános, Martínez Marina, Reynoso y tantos y tan admirables prosistas, dechados perfectísimos de buena locucion, como hai en la literatura castellana? Horacio aconsejaba á los Pisones que ni de dia ni de noche dejasen de la mano á los escritores griegos: esto mismo debemos persuadir constantemente nosotros á la juventud española de ambos mundos, que se for-

ma en el uso de la palabra. Nunca se estudiarán bastante nuestros modelos, y principalmente en esta época de novedad y extrangerismo en que nos olvidamos de cultivar nuestro idioma, consagrando nuestra dedicacion á los libros franceses, ya en su original, ya en las pésimas versiones que un espíritu de especulacion ha derramado á torrentes por todo el mundo literario.

Mas para detener esta corriente impetuosa, no basta el estudio teórico de los principios de la lengua patria: todas las gramáticas y retóricas del mundo quedarán siempre inútiles sin la continua y laboriosa dedicacion al cultivo de los escritores clásicos. "De modelos, dice Don Antonio Capmani, mas que de reglas del buen lenguaje necesitamos todos, porque el arte es breve y el estudio largo. Con estilo prosaico y en la lengua nativa hemos de explicarnos los hombres, porque todos tenemos que servirnos de este lenguaje diaria, continua y necesariamente en todos los usos y estados de la vida civil. En prosa y en castellano hemos de pedir nosotros y dar el consejo, hemos de cultivar á nuestros valedores, defender nuestras causas y las ajenas, sembrar la semilla de la divina palabra, publicar la doctrina en todas las ciencias prácticas y especulativas, sostener la razon, desterrar la ignorancia, amparar la verdad y la inocencia, defender la justicia pública y privada, pasar finalmente á las edades venideras la noticia de los vicios y virtudes de los hombres, y la gloria ó infamia de las naciones y de los reyes."¹

¹ Teatro histórico-crítico de la elocuencia española. Discurso preliminar.

